

dro Lastra y la pasión  
feminista: Uno de los  
negos en Long Island

*ENTREVISTA*

# Pedro Lastra y la pasión americanista: Uno de los nuestros en Long Island

LUIS REBAZA SORALUZ\*

Desde los años 50, Pedro Lastra (Chile, 1932) ha sido testigo y parte de la afirmación internacional de la literatura latinoamericana contemporánea. Una parte importante de su obra como escritor no tiene, sin embargo, forma escrita. Sus libros más extensos, así como su actividad de incansable animador cultural, viven en su cálida oralidad. Poeta, ensayista, editor, viajero y, sobre todo, americanista y conversador apasionado, Lastra ha desintrincado, difundido y –por los últimos veintitantos años– llegado a establecer, como profesor en los Estados Unidos, un solitario bastión para aquella literatura.

La conversación que sigue quiere ser homenaje y registro fragmentario de la memoria y el saber que la oficial consagración de los libros no alcanza a devorar. Se llevó a cabo en Long Island, en agosto de 1994, y tuvo lugar entre Pedro Lastra, Luis Rebaza Soraluz y Larisa Chaddick (quien la filmó además de tomar las fotografías).

*L.R.S.: La historiografía literaria latinoamericana por lo general se ha interesado en el chisme cuando se trata de la vida de sus escritores. La amistad es, por ejemplo, un aspecto que palidece y queda retorcido bajo aquel lente. Tú, como alguien que ha reflexionado sobre la obra de más de un escritor latinoamericano, te has encontrado con que esa América Latina literaria, que otros conciben bibliográficamente, está llena de amigos. La historiografía es pobre*

*territorio para esa americanidad. ¿Cómo se teje tu reflexión crítica con la América que tú concibes tan intensamente?*

P.L.: En tu pregunta hay cosas que tenemos que ordenar. Lo primero, esas relaciones amistosas, desarrolladas en diversas circunstancias. Juegan un papel importante aquí las que han sido mis lecturas tempranas de muchos escritores latinoamericanos, y la posibilidad de conocerlos y tratarlos. En esa posibilidad fue decisiva mi amistad con Gonzalo Rojas.

Cuando publiqué un primer librito, en 1954, Gonzalo —que era un poeta mayor y muy admirado por nosotros— le dedicó una pequeña nota. El tenía esas gentilezas y atenciones con la gente que empezaba: una actitud generosa que no se encuentra con frecuencia. Gonzalo enseñaba en la Universidad de Concepción y solía escribir reseñas en un periódico de esa



Pedro Lastra en los años '50.

ciudad, unas reflexiones críticas breves pero siempre muy sagaces. El librito se llamaba *La sangre en alto*. Un título fatal: no quiero ni acordarme de ese título ni encontrarme con el libro tampoco. Yo trato de olvidar esos ejercicios juveniles, pero lo que no olvido es que la lectura de Gonzalo fue muy estimulante para mí, sobre todo por algunas notas que me parecen ahora anunciadoramente precisas. Dijo que en esos poemas se procedía por “alusiones y elusiones” más que por mostraciones directas o concretas, y yo sentí entonces que esa lectura condecía con una cierta intuición o propósito mío, en vías de desarrollo, por así decirlo. Conocí a Gonzalo poco después de la publicación de su nota, y esa buena amistad dura hasta hoy.

Gonzalo organizó en 1958 dos encuentros de escritores, y fue apoyado en esto por su Universidad. Esta ocurrencia fue una novedad entre nosotros y anticipó cosas que iban a venir después y que se realizarían en distintos lugares. El primer encuentro de escritores chilenos tuvo lugar en Concepción, en el verano del 58, y en éste participaron figuras centrales de la literatura de esos años, como Nicanor Parra, Braulio Arenas, Volodia Teitelboim, Fernando Alegría, y escritores más jóvenes. El resultado fue una buena revisión polémica, centrada especialmente en un momento muy significativo de la historia social y literaria chilena: el 38. En varios trabajos del encuentro se habló, pues, de la generación del 38, porque ése fue un año de importantes transformaciones políticas y culturales en Chile: el surgimiento del llamado Frente Popular, por una parte; por otra, la aparición en escena de nuevos grupos literarios, como el de los surrealistas. El trabajo de Braulio tuvo que ver, precisamente, con esto último.

L.R.S.: *Neruda, por supuesto, estaba ahí, ¿no?*

P.L.: No en esas reuniones..., debido tal vez a viajes o tareas políticas: 1958 fue un año de elecciones presidenciales en Chile.

L.R.S.: *¿El segundo encuentro se realizó el mismo año?*

P.L.: Sí, y sólo seis meses después, sin duda debido al éxito de la primera reunión. Esta vez fue en Chillán, y yo estuve ahí, por lo que puedo reconstruir ese momento con más claridad.

L.R.S.: *¿Hubo invitados extranjeros?*

P.L.: También los hubo en la primera, como observadores; pero en la reunión de Chillán recuerdo que Vicente Gerbasi, agregado cultural de la Embajada de Venezuela, y Hugo Lindo, embajador de El Salvador en Chile, participaron en más de un recital poético. Pero lo más sobresaliente en Chillán, a mi modo de ver, fueron los diálogos de narradores de diversas generaciones: Marta Brunet, Carlos León y varios jóvenes del 50: Claudio Giaconi, Alfonso Echeverría, Jorge Guzmán, Jorge Edwards. “Tradición y tarea”, de Guzmán y “Una experiencia literaria”, de Giaconi, me siguen pareciendo piezas críticas y polémicas de primera importancia. Uds. deben haber leído más de un cuento de Giaconi. Hay uno muy notable en la antología que yo edité con Alfonso Calderón y Carlos Santander, y que procede de un libro suyo publicado en 1954: *La difícil juventud*: un libro esencial sin duda de la narrativa chilena. Giaconi está ahora en Chile, después de varios años en Estados Unidos, pero no ha reaparecido con trabajos de esa intensidad.

El fue una figura muy importante en el encuentro de Chillán. Su trabajo fijaba la posición de los escritores jóvenes frente al “establecimiento”, a través de un examen muy cáustico y corrosivo de las manifestaciones del criollismo y del neocriollismo. Creo que por primera vez se dijeron públicamente cosas así: la inconformidad, el disgusto de los jóvenes con el inmediato pasado cultural.

L.R.S.: *¿Se atacaron nombres?*

P.L.: Giaconi aludió a varios. Dijo cosas como éstas: “¿Qué buscábamos? ... tal vez ‘desfacer los entuertos’. ...No aceptábamos los valores tradicionales; habíamos sido educados en colegios que en su asignatura de ‘castellano’ incluían libros que nos hacían bostezar y que, años después, dueños ya de juicio crítico pulverizaríamos, no encontrando en ellos vigencia alguna”. Por cierto, los asistentes conocían los textos de los programas educacionales. En fin, la reflexión de Giaconi resumía bien una percepción de la realidad cultural, que los trabajos de los otros narradores de su generación corroboraban.

Ese encuentro fue muy estimulante para mí, porque además de estos coetáneos estuvieron, como te decía, personas como Marta Brunet y Ricardo Latcham, que siempre atendieron y apreciaron el trabajo de los

jóvenes. Con don Ricardo nos vinculábamos todos muy amistosamente, porque era un maestro muy singular, con una gran vitalidad y un gran sentido del humor, con una capacidad de comunicación única.

L.R.S.: *Vargas Llosa lo menciona en El pez en el agua.*

P.L.: Sí, a propósito de una polémica con Luis Alberto Sánchez, que había publicado un libro desastroso e irresponsable sobre la novela hispanoamericana. Las correcciones de don Ricardo dieron para un folleto. Vargas Llosa recuerda a Raúl Porras Barrenechea –que era un amigo muy cercano de don Ricardo– revisando ese folleto (era la separata de una revista española) y diciendo “¡Qué vergüenza, qué vergüenza!”

L.R.S.: *Volvamos al encuentro de Chillán. Tú leíste algo ahí también.*

P.L.: Un trabajo más bien modesto y algo académico: “Notas sobre cinco poetas chilenos”. Eran breves comentarios u observaciones sobre la antipoesía de Nicanor Parra y la poesía de Gonzalo Rojas, obras que ya nos importaban mucho a nosotros. De los poetas de mi propio tiempo, por así decirlo, consideré a Enrique Lihn, Jorge Teillier y Alberto Rubio. Los años me han dado un poco la razón, creo, si ustedes piensan que yo estaba haciendo una proposición de lectura de poemas muy recientes de mis coetáneos: *La greda vasija*, de Rubio, se había publicado el año 52; *Poemas de este tiempo y de otro*, de Enrique Lihn, en 1955, y *Para ángeles y gorriones*, de Teillier, en 1956. Esas páginas mías no eran más que un esquema para comentarios que no desarrollé, y algo académicas, como les digo. Acuérdense de que ésos eran los tiempos de la estilística, y ningún estudiante de literatura dejaba de deslizarse por esa pendiente.

L.R.S.: *Ya desde Latcham, por lo que me cuentas, había una gran conciencia de la literatura latinoamericana como una posibilidad, como un rostro.*

P.L.: Esa era una lección continua de don Ricardo, un americanista ejemplar que siempre estuvo invitándonos a entender esa literatura como un todo. A él le preocupaban desde los escritores del período colonial hasta los autores más recientes. Yo recuerdo haber leído en 1957 ó 1958 a Onetti y a Benedetti, porque comentó cuentos suyos en una clase. Era un expositor

muy ágil, con un horizonte de relaciones extremadamente amplio. Algunos estudiantes se desesperaban porque no veían cómo y por dónde asumir esas listas de lectura, enormes; pero a mí ese mensaje me convencía absolutamente: la pasión americanista. Eso me llevó a acercarme mucho a él, como lo digo en el poema “Noticias del maestro Ricardo Latcham, muerto en La Habana”.

L.R.S.: *Estabas preparado para encuentros latinoamericanos, entonces.*

P.L.: Ahora veo que sí, y gracias a don Ricardo y a Gonzalo, que en el verano de 1960 organizó una tercera reunión, ahora internacional. En esa oportunidad Gonzalo me invitó a acompañarlo, como ayudante o secretario, algo así. Preparé un pequeño folleto bio-bibliográfico sobre los asistentes, que salió con erratas considerables (a mí me persiguen, como les he contado). Recuerdo una, que afectaba a Jorge Zalamea, cuyo libro *Minerva en la rueda* apareció como *Minerva en la ruca*. Creo que no le hizo ninguna gracia esa errata aborígen.

L.R.S.: *¿Por qué aborígen?*

P.L.: Porque ése era el nombre de las chozas de los araucanos. El linotipista instaló a Minerva en las tierras de Arauco.

L.R.S.: *¿Quiénes más estuvieron en ese encuentro?*

P.L.: La lista es larga, pero podemos centrarla en algunos nombres: Ernesto Sábato, Sebastián Salazar Bondy, Carlos Martínez Moreno, Enrique Anderson Imbert, Jaime García Terrés, los poetas Allen Ginsberg y Lawrence Ferlinghetti...

L.R.S.: *¿Allí estuvo Carpentier también?*

P.L.: No en 1960. En esta ocasión vino de Cuba José Antonio Por-tuondo. El viaje de Carpentier ocurrió dos años después.

Esa primera reunión internacional fue muy importante, y es lamentable que no se hayan publicado nunca los trabajos que leyeron los participantes, y los diálogos que los continuaron. Yo creo que Gonzalo Rojas conserva todavía las grabaciones de los dos encuentros, y si es así habría que hacer algo

por difundirlas. A treinta y tantos años de distancia, eso sería un rescate fundamental.

Se pueden imaginar ustedes, entonces, lo que significó para un escritor principiante, como lo era yo en ese momento, ver de cerca y hasta participar de alguna manera en actividades como éstas. En la primera oportunidad de que hablamos, por ejemplo, Gonzalo me asignó una cierta tarea de relacionador, por así llamarla, que consistió en recibir en el aeropuerto de Santiago a los invitados extranjeros. Esto generó relaciones amistosas duraderas con Ernesto Sábato, Carlos Martínez Moreno, don Enrique Anderson Imbert, pero sobre todo con Sebastián Salazar Bondy. Los intercambios de cartas, libros y revistas que inicié con esos escritores fueron para mí una manera de “romper esta absurda incomunicación en la que vive Latinoamérica” que me señaló después García Márquez en una carta de 1967, algo que me inquietaba desde que escuché a don Ricardo Latcham en sus clases, y darme cuenta de que el siglo XIX había sido mucho más abierto y rico en el orden de las relaciones, un período en el que de algún modo todos trataban de estar comunicados con todos, y esto en medio de grandes dificultades, si se piensa en los meses que demoraba una carta o un libro en llegar de un lugar a otro. En ese sentido hemos retrocedido. Casos como el de Rubén Darío, Cónsul de Colombia, o José Antonio de Irisarri desempeñando importantes puestos públicos en Chile, son ahora impensables. ¡Si no podemos ir de un país a otro sin visas y otros papeleos...!

L.R.S.: *Estos contactos de los que estás hablando, las relaciones que se van tejiendo, son básicamente entre creadores.*

P.L.: Sí, y seguramente por eso me pudo importar tanto lo que decían como críticos. Todo lector de Anderson Imbert sabe que el narrador imaginativo es inseparable del estudioso de la literatura en su obra total. En *Los grandes libros de occidente*, en *Los domingos del profesor* o *El realismo mágico y otros ensayos* hay siempre la percepción de un creador, una prosa crítica que no sólo es acumulación erudita sino elaboración inteligente y sensible de sus muchos conocimientos. Me parece, pues, un crítico ejemplar, y atribuyo esas cualidades de su prosa crítica al hecho de que es un creador valioso, un practicante. De las reflexiones de Martínez Moreno, de Salazar Bondy, de Volodia Teitelboim (otro de los asistentes a la reunión del 60) se puede decir algo parecido.

Nuevos contactos se empezaron a tejer, pues, en Concepción, aunque esto venía de antes. Había estado en Montevideo en 1955 invitado por el poeta Julio Moncada, un chileno casi uruguayo, y gracias a él conocí y leí o releí a Armonía Somers y a Jesualdo Sosa (autor de *Vida de un maestro*, libro que ningún estudiante de Escuela Normal de mi tiempo desconocía). En septiembre de ese mismo año, en los días de la caída de Perón, me quedé anclado en Buenos Aires con un grupo de estudiantes chilenos. No se podía hacer nada en la ciudad, desde luego; pero conjuré el encierro del hotel porque llevaba un carnet de periodista del diario *La Discusión*, de Chillán, que me permitió desplazarme en medio de esas agitaciones y visitar con frecuencia a don Ezequiel Martínez Estrada, que es otro de mis personajes memorables. De esa experiencia doble –haber visto de cerca algo tan traumático como esa revolución, por una parte, y haber conocido y escuchado diversos comentarios y reflexiones de don Ezequiel, por otra– tendré que escribir con más calma y detalles alguna vez. Les puedo adelantar algo: me contó en qué circunstancias, y animado por Enrique Espinoza, se había dispuesto a releer y comentar a José Hernández, lo que se tradujo en ese libro monumental que es *Muerte y resurrección de Martín Fierro*. Me llamó la atención sobre varios pasajes, que citaba de memoria, a la perfección. Yo me aprendí algunas de esas estrofas ahí mismo, y recuerdo que la primera relectura minuciosa y detenida que hice al llegar a Santiago fue el *Martín Fierro*. Cada vez que vuelvo a ese libro, lo que ocurre a menudo, vuelvo también a esos días de Buenos Aires, en el departamento de don Ezequiel Martínez Estrada.

Ahora que estoy conversando con ustedes de todo esto, veo que esas redes de relaciones de que hablamos tienen tal vez su origen en aquellas primeras experiencias en Uruguay y Argentina.

La comunicación con los escritores que conocí en Concepción en 1960 y 1962 tenía un interés especial para mí, no sólo porque eran autores que leía sino porque los diálogos de esa gente, cuando se referían a su oficio, podían ser muy estimulantes para un joven preocupado por estas cuestiones. A la segunda reunión, que fue un encuentro mayor, nosotros asistimos de manera más natural, y digo nosotros porque se trataba de un grupo de participantes en un taller de escritores que existía en Concepción desde 1960.

L.R.S.: *¿Es a ese encuentro de 1962 al que se refiere José Emilio Pacheco en su conversación con José Donoso en Maryland, como el acta de nacimiento del Boom?*

P.L.: Sí, se refiere a ese encuentro, y Carlos Fuentes lo ha señalado también, más de una vez. La palabra *boom* es una lástima, por cierto; pero en esa reunión —que fue mucho más amplia que las anteriores— coincidieron diversos e importantes escritores que abrieron un espacio igualmente importante para el diálogo y el reconocimiento de lo americano. De Chile estuvieron, por ejemplo, Neruda y Donoso; del Perú, José María Arguedas y José Miguel Oviedo; de Bolivia vino Marina Núñez del Prado, porque hubo también pintores y escultores...

L.R.S.: ... *Guayasamín* estuvo.

P.L.: Sí, Guayasamín y Benjamín Carrión, del Ecuador; Carlos Fuentes, Mariano Picón Salas, Alejo Carpentier...

L.R.S.: *¿No asistió Cortázar?*

P.L.: No. De Argentina llegaron José Bianco y Héctor Pablo Agosti. También estuvieron Augusto Roa Bastos, Mario Benedetti, Claribel Alegría.

L.R.S.: *Con respecto a los peruanos, en tu ensayo "Imágenes de José María Arguedas", publicado en Mapocho en Chile, Escritura en Caracas, y fragmentariamente en Ojo de Buey en Maryland, hablas sobre la dificultad de hacer crítica sobre tus amigos. De hecho, esto es lo primero que escribes sobre Arguedas. ¿Qué motiva tu nota? Si la dificultad que existe en trabajar la obra de Arguedas está en la intrincada relación con su vida, ¿cuál es el espacio que ocupa Arguedas en la tuya?*

P.L.: Con José María Arguedas se estableció esta relación amistosa, como lo he contado en mis "Imágenes...", en el transcurso de aquellas reuniones. A José María posiblemente le llamó la atención que yo me acercara, con algún temor, a hablarle de sus libros, y darse cuenta de que los conocía. Él era una persona bastante retraída, pero capaz de reconocer en seguida el espíritu amistoso y la falta de presunciones de su interlocutor. Ese diálogo no se interrumpió más; lo continuamos en Santiago, donde él se quedó por algunas semanas y, como lo cuento en las "Imágenes...", después se empeñó en que yo visitara el Perú. Por otra parte, esto lo estimulaba también Salazar Bondy, desde el encuentro del 60.

Pero mis vinculaciones con lo peruano se habían iniciado ya, en las clases y conversaciones con don Ricardo Latcham, cuyo saber de la cultura peruana era particularmente amplio, e incluía relaciones personales muy cercanas con Raúl Porras Barrenechea, Mariano Iberico, Francisco Vega Seminario y mucha gente más. Él comentó el libro de Alberto Escobar, *La narración en el Perú*, a comienzos de 1957, en *El Diario Ilustrado*, de Santiago, y entonces yo me di a la tarea de conseguir ese libro, y lo comenté a mi vez en los *Anales de la Universidad de Chile*. Cuando nos conocimos con José María, y supe que era tan amigo de Alberto Escobar, le hablé de mi nota de los *Anales*. Yo creo que a él le gustó mucho enterarse de los comentarios chilenos sobre ese libro, porque su aprecio por la persona y el trabajo de Alberto era muy grande, como ustedes saben. Él le llevó una copia de mi nota, y así empezó una relación que simplemente continuamos en Lima, el 64. La primera visita que me preparó allí José María fue a la oficina y luego a la casa de Alberto.

L.R.S.: *Cuando estuviste en Lima te alojaste en la Peña "Pancho Fierro", ¿no?*

P.L.: José María y Celia vivían en la calle Chota, cerca del cine Tauro, y tenían un departamento pequeño. Yo almorzaba y cenaba en esa casa, pero como no podían alojarme allí me instalaron en un museo que tenía Alicia Bustamante, cuñada de José María. No sé si tú llegaste a conocer la Peña "Pancho Fierro" que estaba en la Plaza de San Agustín, un hermoso rincón donde ahora hay un banco: un contraste desolador con mis recuerdos de aquellos días. En ese tiempo era una vieja casona, que Alicia seguramente arrendaba. Yo creo que ahí estaba la mayor colección de arte popular que existía en Lima. Incluso iban artesanos, invitados por Alicia, a trabajar allí. Mientras yo escribía las conferencias que leí en la Casa de la Cultura hubo unos artesanos muy famosos, tal vez de Ayacucho, trabajando ahí como en un taller propio. La gente entraba a verlos y conversaba con ellos. Lamento ahora no haber hablado más con esos artistas populares, que hacían cosas tan formidables sin que nada los distrajera de su tarea.

Así pues, como he dicho ya en otra parte, fui por un tiempo una pieza de museo, situación que divertía a José María: "Tú eres una pieza móvil", me decía; "¡tienes que ir al Cuzco!", y me animó a ir.

Reencontré en esa ocasión a muchos amigos, además de los mencionados, porque el año antes se había realizado un encuentro de escritores jóvenes en

la Universidad de Concepción (ese lugar está al centro de todo esto, en realidad), y desde luego con la intervención de Gonzalo Rojas. Gonzalo alguna vez va a ser reconocido no sólo como el gran poeta que es sino también por estas empresas culturales, que han sido únicas entre nosotros. A ese encuentro latinoamericano asistió un grupo numeroso de escritores peruanos: José Miguel Oviedo, Arturo Corcuera, Antonio Cisneros, Tomás Gustavo Escajadillo, Hildebrando Pérez. Con Tato Escajadillo nos hicimos muy amigos, por José María y por su entusiasmo y su vocación americanista, y pasamos varios días en Santiago buscando libros y hablando de todo esto.

Les resultará curioso a ustedes que yo no hubiera asistido a ese encuentro como escritor joven sino entre los observadores, junto con don Ricardo Latcham y con el novelista ecuatoriano Pedro Jorge Vera. Se supone que los observadores son gente mayor, o algo distanciada del grupo que se reúne; pero ése fue mi papel, a pesar de que muchos de los participantes eran de mi edad o muy poco menores: me habrán mirado como un anciano prematuro de la tribu literaria chilensis, lo que no impidió una relación amistosa muy firme con varios de ellos, y especialmente con Tato Escajadillo.

L.R.S.: *¿Cómo fue la publicación de Los ríos profundos en la Editorial Universitaria?*

P.L.: Eso vino después, cuando yo era asesor literario de la Editorial y propuse una colección que se llamaría “Letras de América”, en 1966. Mi jefe en la Editorial era Eduardo Castro, que no sólo apoyó esa idea sino que me animó a dirigirla. Decidimos iniciarla con un libro tan significativo como *Los ríos profundos*, lo que José María aprobó en cuanto le hablé de eso. El segundo libro de la colección fue *El reino de este mundo*, de Carpentier, con quien yo había conversado ese año en Cuba sobre estas ediciones y me había sugerido *El reino...* “porque es mi libro más asequible”. El tercer libro fue *Canciones rusas*, de Nicanor Parra.

Los tres libros aparecieron juntos, en 1967, y a la presentación asistieron José María y Nicanor. El apoyo de José María en esta empresa fue decisivo, y yo siempre lo he recordado con gratitud: era muy enaltecedor para mí dar ese paso y empezar con un libro como el suyo, del que rápidamente se hicieron cuatro ediciones.

Yo pensaba en esa colección “Letras de América” como un espacio en el cual se pudiera vincular a todos con todos, a través de los prólogos, por

ejemplo, que en varios casos fueron escritos por autores de un país diferente. No en el libro de José María, cuyo prólogo fue un estudio de Mario Vargas Llosa que había aparecido en el diario *Expreso*, de Lima. Pero en el desarrollo de la colección pude lograr a veces mi propósito: José Miguel Oviedo prologó nuestra edición de *Homenaje a los indios americanos*, de Ernesto Cardenal; Augusto Roa Bastos, la novela de Fernando Alegría, *Amerika, Amerikka, Amerikkka*; Marta Traba, los cuentos de Hernando Téllez, *Cenizas para el viento*; la edición de *Los jefes*, de Vargas Llosa, fue prologada por Nelson Osorio; los tres *Asedios* que alcanzamos a publicar —a García Márquez, Carpentier y Vargas Llosa— respondían igualmente a esa intención.

L.R.S.: *Reeditaste y editaste otros libros peruanos.*

P.L.: Sí, *Crónica de San Gabriel*, de Julio Ramón Ribeyro, con un excelente estudio preliminar de Alberto Escobar, que no he visto después en sus libros de crítica. Carlos Germán Belli —con quien yo había amistado mucho en Lima, el 64— me procuró un libro inédito, importantísimo dentro de su producción: *Sextinas y otros poemas*, para el que Julio Ortega escribió un prólogo apreciable. Cuando apareció *Sextinas...*, en 1970, Carlos Germán tenía ya muchos lectores en Chile, sobre todo entre los poetas jóvenes.

L.R.S.: *Por otro lado, tu estadía en el Perú facilitó la publicación de Y éramos inmortales en La Rama Florida.*

P.L.: Eso es un poco posterior. Yo había conocido a Javier Sologuren, pero no hablamos de esto sino después de la publicación del libro de Oscar Hahn...

L.R.S.: ¿Agua final?

P.L.: Sí. Cuando vi ese librito de Oscar, tan bellamente editado por Javier, le dije alguna vez a José María que a mí me interesaría publicar así mis poemas. “Muy bien”, me dijo. “Javier seguro lo hará con mucho gusto”. Le escribí, pues, a Javier, y creo que José María fue quien llevó a Lima todos esos papeles. A fines del 68 Javier me anunció la publicación en una prueba de página del poema “El desterrado busca”. Miren, aquí esta la carta: 24 de

noviembre de 1968. Al final le manda recuerdos a José María y a Aníbal Quijano.

Los ejemplares me los llevó Carlos Germán Belli, en los días de otro encuentro de escritores, en 1969. Tuve entonces varias razones de alegría: porque los poemas aparecían en esa colección, porque era el Perú, porque eran unas ediciones tan lindas.

L.R.S.: *Ese conducto, ese cordón umbilical casi, entre Chile y el Perú, se creó a través de tu maestro Latcham, pero tú has continuado siendo la vía por la cual escritores chilenos y peruanos se han estado comunicando.*

P.L.: Puede haberse producido algo así, gracias también a la frecuencia de mis viajes. El Perú se me convirtió en lugar de detención obligada, y en una de esas escalas nos conocimos tú y yo.

Cuando José María murió, yo viajé a Lima. Me quedé varios días allí, volví a encontrarme con los viejos amigos e hice nuevas amistades, como Antonio Cornejo Polar, por ejemplo. La relación con Tato Escajadillo ha seguido siendo importante para mí. Y luego empezó el trato amistoso con tu grupo, a raíz de la venida a Stony Brook de Edgar O'Hara como becario de la Fullbright, en 1978, y su viaje a Chile al año siguiente. Aunque hace ya varios años que no me detengo allí por razones diversas, siempre he seguido viendo a los escritores peruanos.

L.R.S.: *¿La ausencia de Arguedas es parte de esto?*

P.L.: Yo diría que no, porque ir al Perú era reencontrarme de algún modo con su presencia. Ha sido más bien nuestra dispersión. Pero siguen en el Perú amigos muy cercanos, como Carlos Germán Belli, quien ha prologado la última edición de *Noticias del extranjero* y que siempre se ha preocupado de mis versos. Mi trabajo poético, curiosamente, ha sido recibido con más atención y amistad en el Perú que en Chile, donde me ven más bien como un profesor y hasta como un crítico, por poco que ejerza esta última función. Me pusieron ese sambenito en mi juventud, y no me lo he podido sacar nunca.

Pero la conducta de José María, como persona y como escritor, fue una lección viva para mí. No pienso sólo en su excepcional trabajo como novelista o cuentista, sino también en su indagación tan fervorosa de lo que él entendía como lo peruano, en su visión del mundo andino. Yo leo sus

investigaciones sobre los cuentos mágico-realistas del valle del Mantaro, por ejemplo, y no puedo no sentirme relacionado con ese mundo, que me empezó así a decir cosas que no me habría dicho de otra manera.

L.R.S.: *Entremos a otro tema: el de la crítica latinoamericana, y lo que significa para ti la reflexión de los propios escritores.*

P.L.: Hemos hablado ya de la que he tenido que padecer por más tiempo, que es la crítica académica. Bueno, eso dejó de interesarme hace un buen rato, casi en su totalidad; no toda esa crítica es desdeñable, por cierto; pero la mayor parte me parece derivativa, para designarla con una palabra más o menos amable: una aceptación acrítica de modelos que se han generado siempre en otra parte y respondiendo a otras necesidades o confrontaciones teóricas, que la academia pone de moda y que luego desaparecen sin pena ni gloria. No hay para qué mencionar cuántas corrientes y contracorrientes han aparecido a lo largo de estos cuarenta años, y algunas hasta con carácter *cuasi* terrorista de la opinión, a menudo falsamente apoyadas en una pretensión de cientificismo crítico.

L.R.S.: *¿Crees que las ciencias sociales tienen algo que ver en eso?*

P.L.: Creo que todas las disciplinas humanísticas han padecido estos contagios. Yo me inicié en la época de auge de la estilística: el que no recurría a esos esquemas –de la mañana a la noche, por así decirlo– era un ser casi despreciable. Todos entramos, pues, en eso, y de pronto la estilística, como ustedes han visto, dejó de interesar y desapareció con la misma rapidez con que se había impuesto, y fue reemplazada por prácticas estructuralistas de lo más variadas. Otras Biblias, entonces, y lo anterior fue demonizado como obsoleto y hasta pecaminoso. Yo creo sin embargo que Dámaso Alonso sigue diciendo cosas estimulantes a los lectores de buena voluntad, y no hay por qué menospreciarlo tanto.

Yo he visto desaparecer varias de esas actualidades pasajeras, y empecé temprano a descreer de estos espejismos. Hispanoamérica ha sido particularmente proclive a esos flujos y reflujos teóricos o pseudo-teóricos –la línea de demarcación es muy sutil en ese terreno– y creo que tienen toda la razón quienes han censurado estas ligerezas. Me parece necesario recordar algunas de esas voces en el desierto (por ahora), y de las que les he hablado ayer,

empezando por una reflexión del historiador Mario Góngora, en un diálogo con Simón Collier en 1983, que les leo en seguida:

“... la historia es una casa con muchas moradas y es importante que la generación joven evite atribuir cualidades absolutas o exclusivas a las últimas tendencias intelectuales, como siempre sucede en Hispanoamérica, [...] que tiende a tomar los resultados más recientes de la ciencia y la investigación europeas, pero *no* toma la dialéctica interna de la cual proceden esos resultados. En consecuencia, no logra una idea clara de la continuidad que existe entre una posición teórica y la siguiente. Hispanoamérica coge los resultados, por así decirlo, en una serie de “iluminaciones” instantáneas, y con cada nueva iluminación cree que todos los resultados previos han sido de algún modo anulados”.

Octavio Paz ha señalado también las dos epidemias que “han asolado la República de las Letras: La *frenética* de los doctrinarios, y la *letal* de los escolásticos”. Y nuestro amigo Rafael Gutiérrez Girardot –en un libro que yo haría leer el primer día en un curso de introducción: *Temas y problemas de una historia social de la literatura hispanoamericana*– ha denunciado con gran solvencia esos males paralizantes: “La recepción acrítica de esas terminologías”, “la modorra mimética de los actualistas y terminologistas”, etc. Y finalmente, Antonio Alatorre, quien con mucho humor y con mucha tristeza también, se refirió en su “Epístola a los lingüistas” a las pésimas consecuencias de la aplicación indiscriminada de modelos, cuadritos y esquemas, a veces francamente ridículos, y que ilustra con algunos de los trabajos de un congreso sobre Rosalía de Castro, publicados en un volumen enorme. Algunos fragmentos parecen chistes, y no, son citas textuales. Termina su “Epístola” con un mensaje que vale la pena registrar en este diálogo: “Por eso, [...] les digo yo a los jóvenes que aspiran a ser profesionales de los estudios literarios: ¡Cuidado! Abran bien los ojos. Perder el tiempo es cosa grave. Vean si el camino que les propone la Nueva Academia conduce a algo”. Deberíamos difundir ese texto, que está publicado en la revista *Vuelta*, N<sup>os</sup> 133/134, dic. '87 - enero '88.

No les resultará rara entonces, después de este breve recorrido crítico por la nueva crítica, mi convicción de que nada de esto responde a una necesidad real para mí, y que me parezca infinitamente más productivo lo que los escritores que me importan dicen sobre la literatura y sobre su propio trabajo.